

ADMINISTRACIÓN FEDERAL DE SERVICIOS EDUCATIVOS EN EL DISTRITO FEDERAL
DIRECCIÓN GENERAL DE OPERACIÓN DE SERVICIOS EDUCATIVOS
COORDINACIÓN SECTORIAL DE EDUCACIÓN PRIMARIA

LEEMOS MEJOR DÍA A DÍA

Tercer entrega

Sexto grado

51. ¿Cómo sabes que existe el Universo?

¿Cómo sabes que existe el Universo?

En verano lo veo en el cielo estrellado.

Sí, pero... ¿Tus ojos pueden ver todo lo que existe? ¿No se pueden equivocar tus ojos? ¿No es mejor tocar las cosas para saber que existen? ¿Basta con ver algo para saber qué es?

¿Cómo sabes que existe el Universo?

Porque me lo dijeron mis papás.

Sí, pero... ¿Y ellos, cómo lo saben? ¿Acaso a veces, tus padres no te cuentan disparates? ¿Nunca se equivocan? Si fueran los únicos en decirte que el Universo existe, ¿les creerías?

¿Cómo sabes que existe el Universo?

Yo solito comprendí que existía.

Sí, pero... ¿Puede uno comprender sin los demás? ¿También comprendes qué es el Universo y de dónde viene? ¿Puedes aportar pruebas de su existencia? ¿No es el Universo demasiado misterioso y vasto para que puedas comprenderlo?

¿Cómo sabes que existe el Universo?

Porque un día lo descubrieron los científicos.

Sí, pero... ¿Existía el Universo antes de que lo descubrieran? ¿Por qué los hombres se preocuparon por descubrirlo? ¿Se hace un descubrimiento en un día? ¿No fue necesario que alguien se imaginara el Universo antes de que se descubriera?

¿Cómo sabes que existe el Universo?

No estoy seguro de que exista.

Sí, pero... ¿Puede uno siempre estar seguro de lo que sabe? ¿Debes estar seguro de la existencia del Universo para creer que existe? ¿Conoces algún método para estar seguro de algo? ¿De qué puedes estar absolutamente seguro?

¿Cómo sabes que existe el Universo?

Porque la Tierra tiene que estar en alguna parte.

Sí, pero... ¿Y donde se encuentra el Universo? ¿Puede haber algo que no sea el Universo? ¿La Tierra puede hallarse afuera del Universo? ¿El Universo sería el mismo sin la Tierra?

Para ti, el Universo existe por lo que ves, por lo que te dicen tus padres, por lo que te explican los científicos. Muchas chispas iluminan parcialmente ese gran misterio que sientes en el fondo de ti mismo cuando te preguntas qué es el Universo. Pero a veces tu mente te rebasa: las palabras son demasiado complicadas, los ojos no son suficientemente grandes para tomar plena conciencia de esta inmensidad que nos rodea, y a la que todos pertenecemos. ¿Cómo es el infinito? ¿Dónde terminan todas esas estrellas? ¿Podremos algún día saber verdaderamente cómo es el Universo?

Oscar Brenifier, “¿Cómo sabes que existe el Universo?” en *¿Qué es saber?* México, SEP-Planeta, 2006.

52. Familias familiares



Yo no puedo afirmar que seamos una familia de tantas. De que somos raros, lo somos. Claro que de lejitos y sin platicar mucho parecemos una familia normal.

Les voy a contar para que vean que no exagero.

Empecemos por mi papá. Mi papá tiene que tener todo bajo control. Es previsor hasta el límite de lo posible: paga sus impuestos el primer día que abren las oficinas. Compra artículos repetidos por si se rompen o extravían. Por eso tenemos un cuarto lleno de cajas de clips, de decenas de cámaras fotográficas, varios medidores de pulso y unos doce tinacos nuevecitos, sin desempacar.

Por supuesto, ya tiene pagado el funeral de toda la familia, hasta de mi sobrinito que acaba de nacer. Y cuando tenemos que ir a algún lugar nuevo, como por ejemplo a una boda, hacemos simulacros: nos vemos nos arreglamos, compramos el regalo y buscamos la dirección. Practicamos lo que vamos a decir y en dónde vamos a estacionar el coche.

Bueno, pues un día mi papá decidió que para ser el más precavido, iba a operarse. “¿A operarse qué?”, todos preguntamos, pues mi papá tenía una salud de hierro.

–Lo que haga falta –afirmó categórico.

–¿Cómo qué?

–Pues de una vez que me saquen el apéndice, que me operen del corazón y me quiten las anginas. Así yo me organizo para faltar algunos días a la oficina y no pierdo el control de la situación con molestos contratiempos.

–Oye, ¿pero tienes algunas molestias?

–Ninguna –respondió muy campante.

¿Y qué creen? ¡Se operó!

Ahora vamos con mi mamá. Mi mamá es un poco despistada: te puede ofrecer jugos de naranja y huevos revueltos por la noche, y un bistec con un Martini a las siete de la mañana. Es tan distraída que se pierde en su propia casa. Hay que hacerles mapas para que vaya de una recámara a otra. Llama a sus amigas ¡para preguntarles sus números telefónicos!

Toca el turno de presentarle a mi hermana. Mi hermana, aunque es muy guapa, siempre está de mal humor. Ustedes me dirán: bueno, todos tenemos malos ratos. Eso yo lo entiendo, pero imagínense a alguien que siempre, a toda hora, todos los días, está de malas. Cuando mis amigos hablan por teléfono ella les gruñe y, claro, ellos cuelgan.

Por último, está mi abuela. Mi abuela es la ancianita más tierna y dulce... siempre y cuando al platicar con ella no uses palabras que tengan la vocal e. Como supondrán, es muy difícil no decir palabras que tengan e, y si uno se equivoca ella se tira al piso y hace una pataleta tremenda, rompe cosas y echa baba por la boca. Después, se cubre con un sudario –es como una sábana con la que cubren a los muertos, que tienen siempre guardada y planchada en un cajón– y se hace la muerta durante dos días.

Imagínense si yo, con esa familia, me iba a atrever a llevar amigos a casa, organizar fiestas o asistir a lugares públicos en su compañía. Pero sucedió algo que me obligó a cambiar esta situación...

Por favor, ¿cómo nos dejan al llegar aquí? ¿Qué pasó? ¿Por qué tuvo que invitar amigos?

53. El caracol púrpura

Los colores han sido siempre relacionados con virtudes y actitudes humanas. El verde ha simbolizado esperanza y renovación; el blanco, belleza y pureza; el amarillo, longevidad.

En otro tiempo, teñirse el cuerpo de rojo significaba grandeza y poder. Y el color púrpura, que es un rojo más intenso, estaba reservado a los elegidos.

Entre los mixtecos, en Oaxaca, existe una tradición milenaria que consiste en obtener el preciado tinte color púrpura de un caracol marino llamado púrpura pansa. Con el tinte, que es difícil de obtener y, por lo mismo, muy caro, tiñen hilo de algodón y tejen prendas de vestir muy apreciadas, que se usan solamente en ocasiones especiales.

El caracol púrpura es un molusco que vive entre las grietas de la costa rocosa de la zona donde rompen las olas, desde Baja California hasta Perú.

Tiene una glándula con la que produce un líquido lechoso con un fuerte olor a ajo; cuando este líquido se pone en contacto con los rayos del Sol y el oxígeno del aire, cambia su color de amarillo, verde y azul hasta un púrpura intenso o violeta, que es el más puro en la gama de color.

El caracol utiliza este líquido o tinte para defenderse de sus enemigos o para narcotizar a sus presas.

Los mixtecos conocen bien la vida del caracol púrpura: cuándo nace, qué come, cuándo y cómo produce el tinte. Sobre todo, saben cuáles son los cuidados necesarios para no dañarlo mientras le extraen el tinte o lo “ordeñan”.

El tinte simboliza para ellos la vida, la muerte y la fertilidad al mismo tiempo, por lo que tienen mucho cuidado en su uso, y respetan con cuidado el tiempo de reproducción, crecimiento del caracol y producción de tinte.

Entre los mixtecos, teñir el hilo con la tintura del caracol púrpura es una actividad de integración social, en la que intervienen niños, mujeres, hombres... la comunidad entera. Lo mismo cuando se hila y se forman las madejas.

Los hombres caminan cientos de kilómetros para llegar a la costa y encontrar el caracol. Seleccionan los más grandes, ordeñarlos sobre las madejas de hilo y volverlos a dejar en su lugar.

Otra forma de obtener el tinte comenzó a ser introducida por una compañía japonesa en los años ochenta. Pero la nueva técnica, que extrae el colorante en forma masiva e indiscriminada, nada tiene que ver con el respeto a la naturaleza del método tradicional indígena.

La situación mantenida hasta antes de que llegaran los japoneses lograba conservar en equilibrio la población del caracol. Los mixtecos lo explotaban de octubre a marzo, cuando no estaba en tiempo de reproducción. La comercialización masiva, en cambio, ha provocado que las poblaciones estén severamente dañadas debido a la sobreexplotación y la extracción del tinte con técnicas inadecuadas.

Luci Cruz Wilson, "El caracol púrpura" en *México envuelto en mares*. México, SEP-Santillana, 2002.

54. El asno y el buey



Un ranchero muy rico tenía en su rancho, en una misma cuadra, a un buey y a un asno. Cierta día, el buey le dijo al asno:

–Me da mucha envidia ver lo mucho que descansas y lo poco que trabajas. Un mozo te cuida, te dan de comer cebada y bebes agua pura y cristalina. Lo único que haces es llevar al amo a esos viajecitos que hace. En cambio a mí me tratan muy diferente. Al salir el sol me atan a una carreta o a una yunta y trabajo todo el santo día, hasta que las fuerzas se me acaban. Y por las noches me dan hojas secas como pastura. ¿Ya ves por qué te envidio, amigo?

–Con mucha razón tienen fama de tontos tú y todos los de tu especie –le contestó el asno–. Se matan por sus amos, y no sacan ningún provecho de sus facultades. Cuando los hombres te quieran amarrar al arado, ¿por qué no les das unas cuantas cornadas y unos mugidos que los asusten? ¿Por qué no te echas al suelo y te niegas a caminar? Si sigues mis consejos verás qué bonito te va a ir.

Al día siguiente, un campesino fue por el buey para empezar a trabajar. Pero el buey siguió los consejos del asno: dio tremendos mugidos, se echó al suelo y lanzó unas cuantas cornadas. El campesino creyó que el animal estaba enfermo y fue a contarle al ranchero.

El ranchero le dijo que entonces pusiera al asno a trabajar todo el día, y así lo hizo el campesino. El asno jaló del arado y la carreta todo el día, y recibió tantos palos que cuando volvió a la cuadra por la noche no podía caminar. En cuanto llegó, el buey se acercó.

–Gracias por tus consejos –le dijo.

El asno se quedó callado, pero pensó: “Yo tengo la culpa de lo que pasó. Por andar de hablador, ahora el buey es el que goza de la vida. Si no se me ocurre algo, acabaré perdiendo el pellejo”. Y medio muerto de cansancio, se dejó caer en la paja.

–De aquí en adelante –siguió hablando el buey– siempre voy a hacer lo que me aconsejaste, amigo asno.

–Está bien –dijo el asno– pero te voy a decir lo que oí decir al amo. Como cree que estás enfermo y ya no puedes trabajar, te va a vender para que te hagan filetes y bisteces.

Al escuchar eso, el buey dio tremendo mugido, y el asno supo que lo que había inventado iba a resultar en su favor.

Al día siguiente, ¿quién creen ustedes que se quedó descansando todo el día?

“El asno y el buey” en Mireya Cueto (comp.), *Cuéntanos lo que se cuenta*. México, SEP-CONAFE, 2006.

55. Píntame toreros gordos

¿Recuerdas aquella canción que dice: “píntame angelitos negros”?

Seguro que el colombiano Fernando Botero prefiere que le canten: píntame toreros gordos. Ahora verás por qué.



Fernando es aficionado a los toros desde que era adolescente; en su natal Medellín se inscribió a la escuela de tauromaquia; pero cuando tuvo frente a él a un novillo, ¡huy!, decidió que servía más para pintar acuarelas, óleos o carbones... y se dedicó a las bellas artes.

Todas sus obras representan figuras de personas, animales u objetos, cuya característica principal es la desproporción de las

formas. Por ejemplo, pinta hombres y mujeres exageradamente gordos, pero siempre, alguna parte de su cuerpo contrasta con su obesidad: pies pequeñísimos, boquitas, naricitas, manitas o un torero gordo y gigante junto a un picador enano.

En la obra total de Botero puedes ver redondeces muy redondas, pero eso sí, llenas de mucho color sin sombras. Una colección famosa del pintor y que ha dado la vuelta al mundo es *La corrida* y, por supuesto, se trata de la fiesta brava.

Botero también crea esculturas gordas y enormes. En 1992, en París, montó una exposición de esculturas monumentales a todo lo largo de la avenida Campos Elíseos, y tanto los parisienses como los turistas hicieron alguna caricia a tan tentadoras formas. Fernando Botero ha armado la gorda en el arte contemporáneo y es uno de los pintores hispanoamericanos mejor cotizados en el mundo.

Cristina Carbó et al., “Píntame toreros gordos” en *501 Maravillas del vejo Nuevo Mundo*. México, SEP-Hachette Latinoamérica, 1994.

56. Sobre piratas



El solo nombre de “pirata” trae a la memoria imágenes de osados hombres de mar, de pie en la proa de un nave con las velas hinchadas por el viento, navegando en un mar azul zafiro –sus ojos escudriñan el horizonte, buscando a la presa–; y también la de un destartado barco con el velamen roto y personajes desagradablemente sucios, alguno con un parche en el ojo, otro con una pata de palo, y otro más con un sable entre los dientes y una botella de ron en la mano. Ambas son reales. No en vano estos personajes han inspirado lo mismo magníficos poemas que novelas inolvidables.

En todo caso, las muchas veces lamentables hazañas de los piratas están minuciosamente registradas en archivos, bibliotecas, cartas, relatos, quejas a soberanos, descripciones de ataques, procesos judiciales, rutas, cartas de navegación, y proyectos de defensa de muchos puertos amenazados por estos asaltantes marítimos. Adentrarse en la enorme información que hay sobre ellos es en sí una maravillosa aventura. Curiosamente, los personajes parecen deslizarse entre líneas, como si quisiesen



huir de la historia, de la cual formaron parte importante, casi siempre en páginas mojadas en sangre y agua salada.

Uno de los atributos más conocidos de los piratas era la bandera roja conocida en inglés como *Jolly Roger* (rojo hermoso). El origen de este nombre es incierto, pero su aparición en el diccionario puede fecharse en 1724. Los corsarios y bucaneros generalmente navegaban bajo el pabellón de su país, pero también izaban una bandera roja para informar a sus víctimas de que no debían oponer resistencia. Supuestamente, esta enseña estaba teñida con sangre, pero a decir verdad era pintura.

Posteriormente esta bandera roja se convirtió en negra, pero conservó el nombre de *Jolly Roger* o *Joli Rouge*, en francés. Sobre campo negro, algunas tenían pintadas dos tibias cruzadas y una calavera sobre estos huesos; otras, un esqueleto con un sable en una mano y a veces con una botella de ron en la otra. Los bucaneros solían agregar un jabalí. Por ser este animal un símbolo de libertad para ellos.

Había otras banderas, como lo demuestra la de Cromwell, “el coromuel” [*un viento que sopla en el Mar de Cortés, en Baja California*], cuyos atributos remiten a alguien que quería pasar por respetable: sobre campo verde, emblemas de justicia, paz y unión, y en el reverso un templo griego y un jinete con el lema *Nolle me tangere* (“No me toques”). Como dato curioso hay que decir que a pesar de haber dejado huellas tan claras de su paso –sobre todo en los mares bajacalifornianos–, poco se sabe de él, como si hubiera decidido voluntariamente no pasar a la historia.

En nuestros días el *Jolly Roger* aparece a veces en yates de pesca o de lujo, cuyos dueños muchas veces no tienen idea del terror que la vista y el nombre de este pabellón en otros tiempos despertaban entre quienes surcaban los mares.

Marita Martínez del Río de Redo, “Sobre piratas” en *La fuerza y el viento: la piratería en los mares de la Nueva España*. México, México desconocido, 2006.

57. Ven conmigo

El abuelo está sentado frente a la casa, en medio del jardín. Muy derecho en la silla de palo; con la pierna cruzada, las manos entrelazadas en la rodilla, el cigarro asomado entre los dedos. Lleva un traje oscuro, corbata a rayas, pañuelo en el bolsillo, botines y bastón. A sus pies duerme un perro blanco, pero no sé cómo se llama.

–Ven conmigo –vuelve a decirme y me mira burlón, con los ojos brillantes. El abuelo es calvo, tiene las cejas muy grandes, y las orejas, y la nariz.

–Hey, ven acá –insiste sin mover los labios, con un susurro que me llega de su mirada.

–¿No me oyes? –pregunta como si fuera a enojarse, pero él sabe bien que lo escucho. Que sus palabras se me quedan en las orejas. No quiero oírlo. No quiero hacerle caso. Me quedo quieto, de pie, casi sin respirar. Camino hacia atrás, paso a pasito, buscando la puerta del cuarto, sin quitar la vista de la foto que cuelga en la pared.

Felipe Garrido, “Ven conmigo” en *La musa y el garabato*. México, FCE, 1995.

58. La doncella guerrera

En Sevilla a un sevillano
siete hijos le dio Dios
y tuvo la mala suerte
que ninguno fue varón.

La más chiquita de ellas
la llevó la inclinación
de ir a servir al rey
vestidita de varón.

–No vayas, hija, no vayas,
que te van a conocer;
que tienes el pelo muy largo
y dirán que eres mujer.

–Si tengo el pelito largo,
madre, córtelo usted,
y con el pelo cortado
un varón pareceré.

Y al subir al caballo
la espada se le cayó;
por decir “¡maldita sea!”
dijo “maldita sea yo”.

Siete años estuvo en guerra
y nadie la conoció,
solamente el hijo del rey
que de ella se enamoró.

“La doncella guerrera” en Teresa de Santos (comp.), *Romancero para niños*. México, SEP-La Torre, 2005.

59. Eolo

Los vientos son los hijos del Cielo y de la Tierra. Habitan en las grutas profundas donde está prisioneros día y noche.

Zeus desconfía hasta tal punto de ellos que ha colocado por encima de su prisión enormes montañas. ¿Por qué? Porque los vientos son temibles, y rugen sin cesar en su prisión. Sólo tienen una idea: escapar para devastarlo todo (la tierra, el mar e incluso el mismo cielo, morada de los dioses inmortales).

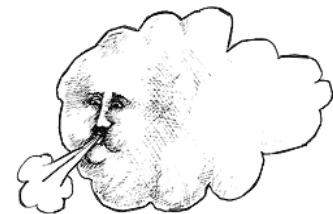
Para calmar los Vientos, terriblemente poderosos para este pueblo de marinos, los griegos les ofrecían sacrificios.

En la antigüedad grecolatina los vientos principales eran cuatro:

El Bóreas. Es el viento del norte frío y violento, que los latinos llaman Aquilón. Se le representaba bajo la forma de un viejo de cabellos blancos y en desorden.

El Euro. Es el viento del este, que viene de Oriente. Se le representaba con la tez cobriza de los asiáticos.

EL Noto. Es el viento del sur que los latinos llaman Aaustro. Es un viento caliente que trae tormentas. No es raro verlo representado bajo el aspecto de un viejo, con los carrillos inflados, la frente aureola de nubes y los ropajes calados por la lluvia o llevando una regadera.



El Céfito. Es el viento del oeste. Los griegos lo apreciaban mucho, ya que traía algo de frescor durante el verano ardiente que castigaba su tierra. Da nueva vida a la naturaleza reseca. Se le representaba con alas de mariposa. Ligero, vuela manteniendo en la mano una canasta de flores.

Ann Catherine Vivet-Rémy, "Eolo" en *Los Viajes de Ulises*. México, SEP, 2002.

60. Vivir en sociedad. La vida en grupo

A medida que vamos creciendo, también crece nuestra curiosidad por el mundo que nos rodea. En la escuela, en un club deportivo o en el trabajo, vivimos en comunidad con otras personas.

Adaptarse los unos a los otros

Las relaciones con los extraños no se parecen mucho a las que tenemos en nuestra familia. Hay lazos de amor que nos unen a nuestra propia familia. Estamos acostumbrados los unos a los otros, aunque de vez en cuando haya discusiones. Pero la sociedad también está compuesta de personas que no son nuestros hermanos ni nuestros amigos. No siempre tienen las mismas costumbres que las nuestras. Hace falta tiempo y paciencia para conocerlos. Vivir en sociedad es aprender a relacionarse con toda clase de personas y en toda clase de situaciones.

La vida con los demás

Compartimos con los demás muchas de nuestras actividades. A menudo jugamos y trabajamos con otras personas. Desde que empezamos a ir al jardín de niños, descubrimos una sociedad de la que vamos a formar parte durante mucho tiempo: ¡la escuela! Los clubes deportivos también son sociedades. Podemos llamarlas “sociedades” porque son grupos de personas organizados de tal modo que existen actividades comunes. El lugar donde trabajan los padres constituye otra sociedad, muy pequeña si administran un restaurante, pero muy grande si laboran en un hospital o en una fábrica.



61. El aburrimiento ¿padre de la civilización?

Le propongo el siguiente experimento: espere a que se haga de noche y apague todas las luces. Desconecte la televisión. No conteste el teléfono. No se acerque al refrigerador. Siéntese en el piso y deje pasar cinco horas. ¿Se aburrió? Trate de imaginarse qué haría todo el día si de pronto se viera privado de las comodidades de la vida moderna.

Si fuera usted un nómada primitivo luchando por mantener a raya el espectro del hambre probablemente estaría demasiado ocupado cazando, pescando y recolectando para hacer nada más, salvo tener pequeños nómadas y obligarlos a acabarse un mamut.

Pero una vez que usted ha descubierto la agricultura y que ha encontrado un bonito lugar para establecerse –por ejemplo, un lago con una isla donde un águila devora a una serpiente, un acogedor valle oaxaqueño, o las inmediaciones de un cenote en la planicie yucateca–, el paisaje deja de cambiar todos los días y el tiempo empieza a pesarle en las manos. El espectro del hambre se ha alejado para dar paso al espectro del aburrimiento.

Entonces mira al cielo y advierte, quizá por primera vez en su vida, que los puntitos de luz que se ven de noche realizan una curiosa danza. Parece que le dan vueltas al mundo como si estuvieran fijos en una inmensa esfera transparente. Con el tiempo usted descubre que cinco de esos puntitos no se mueven con los demás, sino que van de un lado a otro entre las estrellas. ¿Qué son estas estrellas errantes? Usted se dice que deben ser importantes y les pone nombres. Para entonces también ha observado ya que el sol naciente no aparece siempre en el mismo punto respecto a algún rasgo notable de su horizonte local, sino que se va moviendo día con día. ¿Adónde va? Espere pacientemente, por muchos amaneceres, hasta que un día su paciencia se ve recompensada: el sol reduce la marcha hasta que aparece casi en el mismo sitio durante varios días...y luego empieza a retroceder. Al cabo de varias lunas vuelve a detenerse y a dar media vuelta. Es evidente que el sol no se va a ir ningún lado, pero usted sigue escudriñando el horizonte al alba por pura curiosidad. ¿Se detendrá



siempre el sol en los mismos puntos del horizonte? Una vez que compruebe que sí, se aprende de memoria las posiciones donde el sol se detiene o –luego de observar varios ciclos solares– se ha dado cuenta de que la posición del sol al salir tiene una extraña relación con el estado del tiempo. La temporada de lluvias empieza siempre cuando el sol sale cerca de aquella colina lejana. El tiempo se torna caluroso cuando el sol se acerca a una de las paradas y frío cuando se acerca a la otra. Otro punto especial marca el día en que el sol pasa justo por la mitad del cielo al mediodía.

¿Qué hacen las personas cuando, luego de miles y miles de años de ir de un lado a otro viviendo de la caza, la pesca y la recolección, por fin descubren la agricultura y se establecen? Primero se aburren. Luego miran al cielo e inventan la civilización.

Sergio de Régules, “El aburrimiento ¿padre de la civilización?” en *El sol muerto de risa*. México, SEP-Pangea, 2002.

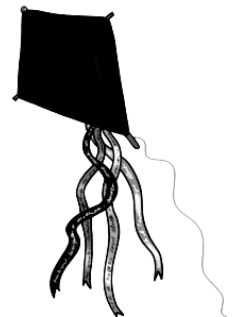
62. Papalotes, planeadores y globos

El papalote es el antepasado del aeroplano. Hace más de dos milenios los chinos ya empleaban papalotes y, con el paso del tiempo, han sido utilizados para elevar a los hombres por encima de los campos de batalla a fin de realizar observaciones militares, para recabar información meteorológica y para lanzar suministros.

Los papalotes sirvieron de inspiración al inventor inglés George Cayley cuando diseñó el primer modelo de planeador del mundo. Pioneros de la aviación como el inglés Percy Pilcher y el alemán Otto Lilienthal emplearon diseños de papalotes para desarrollar las alas de sus planeadores.

Lilienthal estaba convencido de que los aviadores tenían que aprender a planear para comprender cómo se puede aprovechar el aire. Los hermanos Wright construyeron el primer planeador en 1901, basándose en un papalote biplano [con dos superficies paralelas] que habían hecho anteriormente.

Los primeros planeadores se lanzaban desde lo alto de una colina y los modernos son acarreados hasta el aire por aviones ligeros. En cuanto se los



suelta, los planeadores ascienden y se encumbran gracias a las corrientes de aire caliente.

En su deseo de ver el mundo desde el cielo, la humanidad creó muchas y complicadas máquinas voladoras. Los franceses Joseph y Étienne Montgolfier construyeron un globo de papel y tela que se elevó gracias al aire caliente producido por una hoguera. El siguiente globo que hicieron llevaba pasajeros: una oveja, un pato y un gallo. En 1783, ante la boquiabierta multitud parisina, el globo Montgolfier elevó por los aires a dos nobles franceses y se convirtió en el primer aparato volador con éxito.

Los globos de aire caliente y de gas no tardaron en popularizarse. En 1870, cuando el ejército prusiano asedió París, los franceses utilizaron globos para sacar personas y cartas de la ciudad. En 1897, tres exploradores desaparecieron mientras intentaban llegar al Polo Norte en globo.

Medio siglo después los científicos utilizaron globos para estudiar la atmósfera superior. En la actualidad, varios grupos de amantes de los globos se proponen dar la vuelta al mundo sin escalas.



Los vuelos en globos de aire caliente son muy populares y muchos aficionados organizan vuelos de aventura para cualquier tipo de gente en estos aparatos.

Habitualmente, los globos de aire caliente tienen 18 metros de diámetro y cargan 2,830 metros cúbicos de aire que se calienta mediante dos quemadores de gas propano, cada uno de los cuales es lo bastante potente como para calentar 120 casas.

s/a, "Cometas y planeadores" en *Volar*. México, SEP-Mcgraw-Hill, 2003.

63. ¿Por qué el topo vive bajo la tierra?

Hace mucho tiempo, según se dice, el Sol se iba aproximando a la Tierra, de modo que cada día quemaba con más fuerza y las plantas se secaban. Sucedió entonces que unos campesinos quisieron detener al Sol porque les había destruido sus siembras. Pero no pudieron hacer nada pues el Sol los quemó.

Se cuenta que después se reunieron los animales más astutos y fuertes de los bosques y las selvas. Eligieron al león, por ser el más fuerte, para que detuviera al Sol, y dijo el león:

–Yo detendré al Sol, así me juegue la vida.

Pero no pudo hacer nada porque se quedó inmóvil. Siguió el coyote y tampoco logró nada. Así fueron pasando todos los animales. Al fin sólo quedaba el más pequeño de todos, el que actualmente conocemos con el nombre de topo, y dijo:

–Yo, el más pequeño de todos y el más débil, haré un esfuerzo por detener al Sol; aunque no estoy seguro de lograrlo, demostraré que también tengo valor.

El topo se dispuso a detener al Sol. Amontonó ramas, espinas, palos y toda clase de objetos que encontraba a su paso. El Sol seguía quemando, pero el topo no se daba por vencido. Siguió adelante en su tarea hasta que logró detener al Sol. Nada más que nadie quedaba para felicitarlo por su triunfo, que para él había sido el más grande de su vida. Fue tanta su sorpresa que cuando levantó la vista y vio al Sol, se quedó ciego. Pero no le importó. En eso oyó una voz que decía:

–Has quedado ciego, has perdido la vista por salvar a tu pueblo, pero no te preocupes porque ya no vas a necesitar ver. Te voy a premiar; he escogido para ti otro camino y tú ya jamás vivirás sobre la tierra, sino que te irás por ese otro camino.

Se dice que aquella voz fue la de Dios, Nuestro Señor, y que el camino que le designó al topo iba a dar debajo de la tierra a unas cuevas oscuras que él mismo hace y donde actualmente vive.



64. El cascabel (canción popular)

Cada rincón de la naturaleza está lleno de sonidos. Si abrimos, bien abiertos, ojos, oídos y corazón, puede ser que en el hueco de un árbol escuchemos a una serpiente cantarina.

Las víboras son peligrosas y de cuidado, hay que saberlas tratar. Una entre ellas es, aparte de venenosa, muy bullanguera: la serpiente de cascabel.

Ella canta cuando se mueve, su paso es música. Nosotros los seres humanos tratamos de imitarla con sonajas de juguete. O bien, en el fandango, con panderos, rasgueos y taconazos. Algunos fandangueros viejos acostumbran poner un cascabel de víbora adentro de su jarana, para la buena suerte, y porque, dicen, con ese cascabel la música suena mejor.

¡Ay, cómo rezumba y suena,
rezumba y va rezumbando,
rezumba y va rezumbando,
mi cascabel en la arena.

En el hueco de un laurel,
una víbora cantaba,
ella me daba a entender
y yo cuenta no me daba,
de un hermoso cascabel
que en su cola le sonaba.

Yo tenía mi cascabel,
con cinco cascabelitos,
y como era de oropel
se lo di a mis hermanitos
para que jueguen con él
y se diviertan solitos.

Yo tenía mi cascabel,
y como sonaba tanto,

se lo di a mis hermanitos,
la víspera de su santo.

—Bonito tu cascabel,
vida mía quién te lo dio.
—A mí no me lo dio nadie,
mi dinero me costó,
y el que quiera cascabel
que lo compre como yo.

Yo tenía mi cascabel,
y se lo puse a un pandero,
¡ay!, qué bonito sonaba
cuando le rascaba el cuero.

La víbora trae en la piel
muchos colores bonitos,
y en su cola de oropel
suenan los cascabelitos,
música de cascabel.

“El cascabel” en Caterina Camastra (comp.), *Ariles y más ariles: los animales en el son jarocho*. México, SEP-El Naranjo, 2007.



65. La Cenicienta

[Esta es una lectura larga, hay que tomarlo en cuenta. Pero es muy divertida y hay que aprovecharla.]

“¡Si ya nos la sabemos de memoria!”,
dirán.

Y, sin embargo, de esta historia tendrán
una versión falsificada, rosada,
tonta, cursi, azucarada,
que alguien con la mollera un poco rancia
consideró mejor para la infancia...

El lío se organiza en el momento
en que las Hermanastras de este cuento
se marchan a Palacio y la pequeña
se queda en la bodega a partir leña.

Allí, entre los ratones llora y grita:
“¡Quiero salir de aquí! ¡Malditas brujas!
¡¡Les arrancaré el chongo por granujas!!”

Y así hasta que por fin asoma el
Hada

“¿Qué puedo hacer por ti, Ceni querida?”

“¡Frita estoy porque las brujas
van al baile y yo no voy!
¡Pues yo también iré a esa fiesta inmunda!
¡Quiero un traje de noche, un paje, un
coche,
zapatos de charol, sortija, broche,
pendientes de coral, pantis de seda
y aromas de París para que pueda
enamorar al Príncipe enseguida
con mi belleza fina y distinguida!”

Y dicho y hecho, al punto
Cenicienta,

en menos tiempo del que aquí se cuenta,
se personó en Palacio, en plena disco,
dejando a sus rivales hechas cisco.

Con Ceni bailó el Príncipe rocks miles
tomándola en sus brazos varoniles
y ella se le abrazó con tal vigor
que allí perdió su Alteza su valor.

Al dar las doce Ceni pensó:
“Nena, como no corras la hemos hecho
buena”,
y el Príncipe gritó: “¡No me abandones!”,
mientras se le agarraba a los riñones.

Perdió un zapato la pobre, con la
prisa.

El Príncipe embobado, lo tomó
y ante la Corte entera declaró:
“¡Será mi esposa la hermosa dueña
del pie que entre en el zapato!”

Después, como era un poco
despistado,
dejó en una bandeja el chanclo amado.

Una Hermanastra dijo: “¡Ésta es la
mía!”,
pescó el zapato y lo tiró al retrete.
En su lugar, disimuladamente,
dejó su zapatilla maloliente.

En cuanto apuntó el Sol,
salió su Alteza con toda ligereza,
en busca de la dueña de la prenda.

De casa en casa fue, de tienda en tienda,
e hicieron cola muchas damiselas
sin resultado. Aquella vil chinela,
no le sentaba bien a dama alguna.

Así hasta que fue el turno
de la casa de Cenicienta...

“¡Pasa, Alteza, pasa!”,
dijeron las perversas Hermanastras
y, tras guiñar un ojo a la Madrastra,
se puso la de más cara de cerdo
su propia zapatilla en el pie izquierdo.
El Príncipe dio un grito horrorizado,
pero ella gritó más: “¡Ha entrado!
¡Seré tu dulce esposa!”

“¡Un cuerno frito!”

“¡Has dado tu palabra, principito.”

“¿Sí?” –rugió su Alteza–

¡Ordeno que le corten la cabeza!”

Se la cortaron de un único tajo
y el Príncipe se dijo: “Buen trabajo.
Así no está tan fea”.

De inmediato gritó la otra
Hermanastra:

“¡Mi zapato! ¡Dejad que me lo pruebe!”

“¡Prueba esto!”, bramó su Alteza Real
y, echando mano de su real espada,
la descorchó de una estocada.

Cayó la cabezota en la banquetta,
dio un par de botes y se quedó quieta...

En la cocina cenicienta estaba

quitándoles la vainas a unas habas
cuando escuchó los botes –pam, pam,
pam–

del coco de su hermana en el zaguán,
así que se asomó desde la puerta y
preguntó:

“¿Tan pronto y ya despierta?”

El Príncipe dio un salto: “¡Otro melón!”,
y a Ceni le dio un vuelco el corazón.

“¡Caray! –pensó– ¡Qué bárbara es su
alteza!

¡Pero si está completamente loco!”

Y cuando gritó el Príncipe: “¡Ese coco!

¡Cortádselo ahora mismo!”,

en la cocina brilló la vara del Hada
Madrina.

“¡Pídeme lo que quieras, Cenicienta,
que tus deseos corren de mi cuenta!”

“¡Hada Madrina –suplicó la ahijada–,
no quiero ya príncipes!

Ahora te pido algo más difícil e
infrecuente:

un compañero honrado y buena gente.”

Y en menos tiempo del que aquí se cuenta

se descubrió de pronto Cenicienta

a salvo de su Príncipe y casada

con un señor que hacía mermelada.

Y, como fueron ambos muy felices,

nos dieron con la puerta en las narices.

¿Qué les pareció? A ver si algún, o alguna valiente se la aprende.



Roald Dahl, “La Cenicienta” en *Cuentos en verso para niños perversos*. México, SEP-Altea, 2002.

66. Vida y fortuna de un muchacho inquieto

Carlos de Sigüenza y Góngora nació en México en 1645. En ese tiempo, a las personas que les gustaba mucho estudiar, pero no pertenecían a familias ricas, sólo les quedaba un camino: integrarse a alguna orden religiosa. Así que Carlos inició sus estudios con la orden de los Jesuitas a los 15 años de edad; a los 17 años hizo votos, como se le llama a los compromisos que adquieren durante toda la vida quienes se ordenan sacerdotes.

Aunque no se ha encontrado la causa exacta, al poco tiempo, Carlos de Sigüenza y Góngora tuvo que dejar la orden de los Jesuitas, pero continuó siendo sacerdote, por lo que nunca se casó.

Tomó cursos en la Real y Pontificia Universidad de México y por su gran dedicación pronto se destacó en matemáticas, astronomía y literatura.

En aquel entonces la astronomía se mezclaba con la astrología, un arte adivinatorio que la gente empleaba para predecir la suerte y el futuro mediante la observación de los astros. Todavía hoy muchas personas piensan que el porvenir se puede leer en el cielo nocturno, si nos fijamos en la posición de las estrellas.

Como se relacionaba a los astros con la suerte, los cometas eran unos de los fenómenos astronómicos que más asustaban a las personas. Se creía que la aparición de un cometa anunciaba problemas, enfermedades, pobreza, y mil calamidades más.

En 1608 Carlos de Sigüenza y Góngora se dedicó a estudiar un cometa que se veía en el cielo de México. Realizó mediciones muy precisas sobre su trayectoria y escribió en 1681 un documento, no muy extenso, pero sí con un largo título: *Manifiesto filosófico contra los cometas despojados del imperio que tenían sobre los tímidos*. Algo que podríamos traducir por algo más o menos así: *Estudio sobre los cometas, quitándoles la mala fama que tienen entre la gente miedosa*.

Este manifiesto no fue muy largo porque la intención de Sigüenza y Góngora era explicarle a la gente que los cometas no tenían ninguna influencia sobre la vida de las personas, ni buena ni mala; por lo tanto, no debían ser considerados como anunciadores de mala suerte.

Pero, aunque parezca increíble, otros estudiosos de la época continuaban creyendo en la malignidad de los cometas, y escribieron a su vez otros tratados y manifiestos en contra de

lo dicho por Carlos Sigüenza y Góngora. Y no sólo eso, sino que le advertían a todos que se prepararan para lo peor después del paso del cometa.

Por supuesto, quien tenía razón era don Carlos.

Libia E. Barajas Mariscal, *Vida y Fortuna de un muchacho inquieto que se convirtió en científico*. México, SEP-Castillo, 2005.

67. Tres historias de circo

Señoras y señores, niñas y niños, bienvenidos al maravilloso mundo del circo; el circo de ayer, el circo de hoy, el circo de siempre.

Elizabeth Barrero González (equilibrista): Me caí una vez, en mi número del cable y se me salió la rodilla de lugar. Duré un año sin caminar. Fue muy duro porque pensé que mi carrera en el circo había terminado.

Pero me operaron y le puse mucho empeño a la recuperación. Ahora el cable donde hago mi número está todavía más alto.

El artista nunca debe sentirse realizado. A pesar de tantos años de estar trabajando en tu número debes de seguirte superando y anhelando conseguir más.

Estudí cuatro años en una escuela de circo. En el primer año me dieron todas las especialidades: acrobacia, malabarismo, gimnasia.

En segundo, según las cualidades que te ven, te ubican en tu especialidad. Yo me dediqué a hacer equilibrio. Bailo ballet en un cable y me paro en puntas. Lo puedo hacer porque primero estudié ballet siete años. Pienso que para un artista es muy importante una escuela. Hay muchos artistas que empiezan sin escuela e igualmente son muy buenos, pero la escuela es fundamental para un artista circense porque te da una preparación muy profesional.



Jim Garner (domador): Mi hijo Josafat, que tiene doce años, trabaja con camellos, llamas, guanacos y un poni. Desde que estaba en la carreola anda detrás de mí con los animales. Le

gustan; por eso no le ha sido muy difícil aprender. Verme trabajar ha sido la mejor manera de aprender.

La primera vez que salí a la pista con su número sí sentí un poquito de nervio: era un niño y me daba pendiente que los camellos le fueran a pasar por encima. Pero tiene temple y ha ido aprendiendo. Cuando yo veo que tiene fallas le explico qué es lo que no está haciendo bien y así sigue aprendiendo.

A mí siempre me gustaron los animales. He trabajado con osos, papiones, tigres, cebras, camellos, llamas, caballos, jirafas. Con hipopótamos no, ni con rinocerontes.

Yo entreno a mis animales premiándolos, con piloncillo o con zanahorias. Hay que ver qué es lo que más les gusta. Cada vez que hacen algo bien tú los premias... hasta que llega el momento en que ellos asocian una cosa con la otra y van y hacen las cosas bien.

A los camellos los recibí cuando tenían un año. Estaban chiquitos. Empezarles a enseñar jóvenes y premiándolos es más práctico y más fácil.

Pastelito (payaso): Tú en la pista tienes, ¿cuánto? Cinco, diez minutos como mucho. En esos minutos tienes que demostrar todo lo que eres, tienes que gustarle al público lo más que puedas y entregarte por completo.

El trabajo de nosotros es diferente al del común de la gente. El señor en la oficina está todo el día, al igual que en el negocio o en la empresa.

Aquí no. Uno tiene cinco minutos para demostrar todo lo que sabe. Tienes que dejarlo todo en la pista.

Ricardo Ramírez Arreola, *Vivir en el circo*. México, SEP-Castillo, 2005.

68. El diario de un gato asesino

Lunes



Está bien, está bien. Cuélguenme. Maté al pájaro. Por todos los cielos, soy un gato. Mi trabajo es andar por el jardín tras los dulces pajaritos que apenas pueden volar. Entonces ¿qué debo hacer cuando una de esas pelotitas emplumadas revoloteantes casi se arroja a mi boca?

Está bien, está bien. Le di un zarpazo. ¿Es ésa una razón para que Eli llorara tanto sobre mi pelambre que casi me ahoga?

–¡Ay, Tufy!– dijo ella, con los ojos enrojecidos y montones de pañuelos mojados–. ¡Ay, Tufy!, ¿cómo pudiste hacer eso?

¿Cómo pude hacer eso? Soy un gato. Cómo iba a saber que se haría tanto lío: la madre de Eli corriendo por periódicos viejos y el padre de Eli llenando una cubeta con agua jabonosa.

Bueno, bueno. Tal vez no debí dejarlo en la alfombra. Es probable que las manchas no se quiten nunca. Así que: cuélguenme.

Anne Fine, *Diario de un gato asesino*. México, SEP-FCE, 1998.

69. Las constelaciones

Las estrellas parecen girar alrededor de la Tierra junto con toda la bóveda celeste; pero durante este movimiento las posiciones que tienen unas respecto de otras no cambian. Por ejemplo, si cuatro estrellas forman un cuadrado, las mismas cuatro estrellas formarán siempre el mismo cuadrado. Para convencerte de que esto es cierto, basta con que observes el cielo varias noches seguidas.

En general, si varias estrellas forman cierta figura, esta figura no cambia con el tiempo. Por eso en la antigüedad se pensaba que las estrellas estaban fijas en la bóveda celeste.

Las figuras que forman se llaman constelaciones. Las constelaciones que ves en el cielo son las mismas que vieron tus padres y tus abuelos, y son también las mismas que vieron los egipcios y los griegos, hace 3000 años.

Los pueblos de la antigüedad creyeron ver en las constelaciones imágenes de sus héroes, de animales o de objetos conocidos. Les dieron el nombre del héroe, animal u objeto que representaban. Así, tenemos las constelaciones Perseo y Orión, que eran héroes griegos; la Ballena y el Delfín, que son animales; y la Balanza y la Lira, que son objetos.

Estas constelaciones son algunas de las 88 que aceptamos en la actualidad. Las heredamos de los griegos. Sin embargo, es evidente que los diferentes pueblos agruparon a

las estrellas de diferentes maneras. Los chinos y los egipcios, por ejemplo, tenían sus propias constelaciones, diferentes de las de los griegos, y lo mismo ocurrió con los pueblos prehispánicos. Por ejemplo, al grupo de estrellas que los griegos llamaron Las Pléyades (y que nosotros seguimos llamando así) los mexicas lo llamaron Tianquiztli de la palabra tianguis que quiere decir “mercado”.

Miguel Ángel Herrera et al., *El Sistema Solar*. México, SEP-SITESA, 1991.

70. La rana y el príncipe

Hoy vamos a leer otra vez una canción. La que leímos hace unos días era de un compositor mexicano, Chava Flores. La de hoy es de un compositor catalán, Joan Manuel Serrat. Sissi le decían a una princesa bávara, Isabel de Baviera, que en 1854 se casó con el emperador de Austria, Francisco José I.



Él era un auténtico príncipe azul
más estirado y puesto que un maniquí
que habitaba un palacio como el de Sissi
y salía en las revistas del corazón;
que cuando tomaba dos copas de más
la emprendía a romper maleficios a besos.

Ella era una auténtica rana común
que vivía ignorante de tal redentor,
cazando al vuelo insectos de su alrededor
sin importarle un rábano el porvenir.

Escuchaba absorta a un macho
croar
con la sangre alterada por la primavera,

cuando a traición aquel monstruo
animal

en un descuido la hizo prisionera.

A la luz de las estrellas
le acarició tiernamente la papada
y la besó.

Pero salió rana la rana
y su alteza en rana se convirtió.

Es difícil su reinserción social.

No se adapta a la vida de los batracios
y la servidumbre, como es natural,
no le permite la entrada en palacio.

Y en el jardín frondoso de sus papás,
hoy hay un príncipe menos y una rana
más.



Joan Manuel Serrat, “La rana y el príncipe” en Paula Labeur (selección), *Y usted, ¿de qué se ríe?* Antología de textos con humor. México, SEP-Colihue, 2004.

71. La mosca

Tal vez hayas observado a una mosca volar de aquí para allá probando todo lo que hay sobre la mesa de la cocina. Generalmente, se detienen en los lugares donde hay restos de azúcar, porque sus pelos degustadores son muy sensibles al azúcar (podrías decir que las moscas tienen pies muy dulces...). Los pelitos también cargan cosas desagradables, como bacterias y otros gérmenes. Sin embargo, los pies pegajosos y las patas peludas no son lo más asqueroso de toda esta cuestión de las moscas... Lo realmente asqueroso es que una mosca puede llegar a viajar más de 20 kilómetros a lo largo de varios días, probando todo lo que está a su alcance. Y todo es *todo*.

Bzzz bzzz bzzz... Un plátano... Mmmmmm, paffff, chup–chup. Bzzz bzzz bzzz... ¡Bosta de vaca! Prrrrpppp, lam–lam. Bzzz bzzz bzzz... Una rata muerta pudriéndose, vomititos, chomp–chomp. Bzzz bzzz bzzz... ¡Pastel de cumpleaños! ¡Mi favorito!

“¡Fuera, mosca! Sal de mi pastel de cumpleaños. ¡Alguien quiere otro pedazo?”

Un estudio que se realizó sobre 414 moscas reportó un promedio de 1,250,000 bacterias por insecto. Definitivamente, cuando una mosca aterriza en tu sopa, no puedes estar seguro de dónde ha estado o qué ha comido. Sus almohadillas y patas pegajosas pueden estar cubiertas de numerosas criaturas. Además, cuando la mosca vomita, deja algo de su última comida... ¡que puede haber sido de caca de perro!

Puaaaaajjjjj.

La mayoría de los que viajan colados en las patas de las moscas son seres inofensivos... pero hay excepciones. Para no enfermarte con las porquerías de las moscas:

- Cubre la comida o no la dejes afuera cuando hay moscas.
- Limpia cualquier suciedad que pueda atraer moscas.
- Coloca mosquiteros en puertas y ventanas.
- Limpia la basura de tu casa y de tu jardín.
- Si una mosca aterriza en tu comida, descarta el pedacito que haya estado en contacto con el insecto.



Sylvia Branzei, “La mosca” en *Asquerosología animal*. México, SEP-Cordillera de los Andes, 2005.

72. La visita del médico



En esta lectura vamos a ver a un médico más interesado en qué le pueden dar en una casa que en la salud del paciente que va a ver. Fijense bien, para que lo vean.

–Por acá está el enfermo, doctor.

–Déjame primero ver tu corral. Ya me han dicho que lo tienes muy bonito, con tantos animales y matas...

–Pásele doctor.

–Estos puercos chinos que parecen borregos, ¿cómo te hiciste de la cría?

–Con las Contreras, doctor, ellas tienen un puerco entero. Sabe, aquel Sebastián pasó muy mala noche, quéjese y quéjese.

–De esta rosa de Alejandría me tienes que dar un codito, a ver si prende. Mi mujer tenía una y se le secó. Todo lo que planta se le seca, y a mí me gusta que haya flores en mi casa.

–Con mucho gusto, doctor. Le di tres veces sus gotas a Sebastián y no se durmió...

–¿De dónde sacaste este guajolote? Hacía mucho tiempo que no veía yo un guajolote canelo así de grande y de gordo... Ya los guajolotes se están acabando por aquí.

–Es que da mucho trabajo criarlos, doctor. De diez a doce que nacen sólo me viven dos o tres. Es una lata enseñarlos a comer, porque las guajolotas ni siquiera eso les enseñan. Andan allí nomás con el pescuezo estirado, grito y grito sin ver la comida en el suelo, y los guajolotitos se mueren de hambre y de frío porque ni los cobijan. Y esto si no les ponen la pata encima y los apachurran.

–Me lo tienes que guardar para la Navidad, porque a este coruco yo me lo como.

–Como usted quiera, doctor, Este Sebastián...

–No le hagas tanto caso a Sebastián, que se está chiqueando como todos los enfermos. Desde que los sacamos del hospital, su herida está cicatrizando que da gusto mirarla...

Así es siempre el doctor. Le gusta hacer un inventario lo más completo posible de los bienes terrenales de sus clientes, para formarse una idea clara de las condiciones y de la duración del tratamiento, sin cometer injusticias. Porque...según el sapo es la pedrada...

¿Qué quiere decir eso de que según el sapo es la pedrada? ¿Les gustaría que los tratara un doctor así?

73. Historia de vampiros

Era un vampiro que sorbía agua por las noches y por las madrugadas, al mediodía y en la cena.

Era abstemio de sangre y por eso el bochorno de los otros vampiros y de las vampiresas.

Contra viento y marea se propuso fundar una bandada de vampiros anónimos, hizo campaña bajo la luna menguante, bajo la llena y la creciente— Sus modestas pancartas proclamaban: Vampiros, beban agua; la sangre trae cáncer.

Los quirópteros reunidos en su ágora de sombras opinaron que eso era inaudito. Aquel loco, aquel alucinado podía convencer a los vampiros flojos, esos que liban [*beben*] boldo [*una planta con la que se hace té*] tras la sangre.

De modo que una noche con nubes de tormenta, cinco vampiros fuertes sedientos de hematíes, plaquetas, leucocitos, rodearon al chiflado, al insurrecto, y acabaron con él y su imprudencia.



Cuando por fin la luna pudo asomarse vio allá abajo el pobre cuerpo del vampiro anónimo, con cinco heridas que manaban, formando un gran charco de agua. Lo que no pudo ver la luna fue que los cinco ejecutores se refugiaban en un árbol y a su pesar reconocían que aquello no sabía mal.

Desde esa noche, que fue histórica, ni los vampiros, ni las vampiresas, chupan más sangre: resolvieron por unanimidad pasarse al agua.

Como suele ocurrir en estos casos el singular vampiro anónimo es venerado como un mártir.

Selección de poemas de Mario Benedetti. <http://www.sololiteratura.com/ben/obraenverso.html>

74. Máquinas pensantes

Mucha gente cree que para mediados del siglo XXI el mundo estará poblado de robots “inteligentes” que podrán hacer sus propios juicios y tomar decisiones. Estos robots serán inteligentes, independientes y capaces de comunicarse entre sí. Se especializarán en funciones específicas, de modo que un robot que viaje a grandes velocidades no podrá jugar ajedrez. Sin embargo, sus habilidades, nivel general de conocimientos y capacidad de intercomunicaciones le darán un enorme poder. El autor de ciencia ficción Isaac Asimov (1920–1992) una vez escribió que “un robot puede lastimar a un ser humano o, por no actuar, dejar que un ser humano se lastime”.

Algunos científicos vaticinan que los robots llegarán a ser tan avanzados que podrán decidir. Tal vez los robots nos ofrezcan algún día una vida libre de aburrimiento, pero dicho futuro no está exento de riesgos.

ro de la vida se da sólo en el delgado sector ubicado entre la corteza terrestre y el espacio exterior. Eso equivale apenas a la cáscara de una manzana. Eso es la biosfera. Allí sucede todo el milagro de la vida que hace tan exclusivo a nuestro planeta, dentro del universo conocido.

Hernán Sorhuet, “La extraña esfera de la vida” en *Cambio climático*. México, SEP-Panda, 2005.

75. Consumo compulsivo

El alimento, vestido y habitación son los satisfactores básicos de todo ser humano; sin embargo, hay personas para quienes esos satisfactores se vuelven una obsesión; sólo obtiene placer comiendo o comprando, aunque no sea indispensable. De estas personas se dice que tienen una conducta de consumo compulsivo.

Comer o comprar compulsivamente es un problema psicológico

Estas conductas obsesivas aparecen desde la infancia y la pubertad, pero se acentúan en la edad adulta, cuando los hábitos y costumbres ya están arraigados. Generalmente, las

personas con una autoestima baja, es decir, cuyo estado emocional les provoca fuertes necesidades afectivas, al grado de sentir que no son merecedoras de cariño, afecto o confianza, son quienes tiene mayor riesgo de desarrollar este tipo de comportamiento.

Buscan suplir el cariño que les falta y sentirse bien a través del consumo de comida o realizando compras de forma compulsiva, por ejemplo. Sin embargo, al no conseguirlo por estos medios, caen en un círculo vicioso donde la sombra de la adicción o dependencia se acentúa, y repiten este tipo de conducta una y otra vez, cayendo en estados depresivos cada vez más profundos.

Frecuentemente, quienes padecen este problema sienten frustración y culpa sin una razón aparente, y ocasionan trastornos a quienes los rodean.

La falta de confianza y la inseguridad son las principales causas de la pérdida de control sobre sí mismo, así como de esta clase de conductas compulsivas. Se puede tener la mejor disposición y voluntad para seguir una dieta o dejar de comprar obsesivamente, pero sin un propósito firme para abandonar estos hábitos perjudiciales todos los buenos deseos no nos servirán de nada: si la comida ocupa todo nuestro pensamiento o vivimos pensando, aunque sea ligeramente, en la próxima temporada de ofertas, entonces no estaremos solucionando nada.

María Luisa López Esquer, "Consumo compulsivo" en *El placer de cuidarme*. México, SEP-Santillana, 2002.



Índice

51. *¿Cómo sabes que existe el Universo?*
52. *Familias familiares*
53. *El caracol púrpura*
54. *El asno y el buey*
55. *Píntame toreros gordos*
56. *Sobre piratas*
57. *Ven conmigo*
58. *La doncella guerrera*
59. *Eolo*
60. *Vivir en sociedad*
61. *El aburrimiento ¿padre de la civilización?*
62. *Papalotes, planeadores y globos*
63. *¿Por qué el topo vive bajo la tierra?*
64. *El cascabel (canción popular)*
65. *La Cenicienta*
66. *Vida y fortuna de un muchacho inquieto*
67. *Tres historias de circo*
68. *El diario de un gato asesino*
69. *Las constelaciones*
70. *La rana y el príncipe*
71. *La mosca*
72. *La visita del médico*
73. *Historia de vampiros*
74. *Máquinas pensantes*
75. *Consumo compulsivo*